

# EMILIO RABASA

**N**O sería aventurado afirmar que, de todos los novelistas mexicanos del siglo XIX, Emilio Rabasa (1856-1930) es quizá quien más ha penetrado en el espíritu humano y quien ha dispuesto de mejores recursos para pintarlo.

Al leer a otros escritores —y no de los menos importantes, por cierto— de esa misma época, se tiene la impresión de que ninguno de ellos, salvo en excepcionales y afortunados momentos, llegó a calar en la estructura psíquica y moral del hombre con esa hondura, malicia y comprensión que hacen de Rabasa un novelista ejemplar dentro de la literatura mexicana.

La penetrante agudeza de Rabasa para llegar a los más finos resortes del espíritu humano; su capacidad de comprensión para la complejidad de valores que forman el mundo moral de los hombres, hacen de él un novelista moderno, en el sentido de un novelista a quien ya podemos exigir esa profundidad maliciosa para ver el mundo, que es casi requisito indispensable para que otorguemos carta de ciudadanía literaria y auténtico reconocimiento a un novelista de nuestro tiempo —y quizá de todos los tiempos, si somos poco afectos a ver la literatura con los ojos de la historia, como quería Menéndez y Pelayo—.

Decir "Emilio Rabasa, novelista del hombre", puede parecer, a primera vista, una perogrullada. ¿De qué, sino del hombre o fundamentalmente del hombre, se puede ser novelista?, cabría preguntar. Pero el título que hemos dado a estas páginas tiene su razón de ser. La mayoría, si no la totalidad, de los novelistas mexicanos del XIX parecen ser, más que escritores que hablen del hombre, escritores que hablan solamente de *tipos* de hombres, de *modelos*, de *ideas*: no se refieren a seres concretos, de carne y hueso, héroes y villanos en potencia al mismo tiempo, sino a *arquetipos*, a hombres abstraídos de su concreción y transformados en ideas o representaciones; no seres vivos, sino *imágenes* de seres. En ellos, en estos novelistas arquetipizantes, se puede fácilmente clasificar: este personaje *representa* al parrandero; ése, la bondad; aquél, la mansedumbre; el otro, la rectitud; y así, otros, la frivolidad, la incontinencia, la hipocrecía, el desinterés, etc. Importan más, pues, las ideas morales que los hombres en quienes esas ideas habitan.

Emilio Rabasa, por el contrario, difícilmente tiene paralelo, entre los autores mexicanos de su época, en habilidad para sacar a luz las más variadas reacciones a sus personajes y revelar así, mediante ellas, la multiplicidad de elementos que forman la rica humanidad de los mismos. Con variadas queremos decir reacciones que el lector no esperaría, pero que a la larga resultan de lo más lógico y congruentes —dada la natural incongruencia y falta de lógica del espíritu humano— dentro del carácter de los personajes y el curso de los aconteci-

## NOVELISTA

## DEL

## HOMBRE



Por Víctor ADIB

mientos de las novelas. Contrariamente también a lo acostumbrado en la novelística mexicana del XIX, no se sabe nunca, o casi nunca, qué es lo que va a pasar en una obra de Rabasa, qué situación va a seguir a otra, cómo va a responder este personaje ante aquel estímulo. Y en este sentido puede afirmarse de Rabasa, a cuenta de sus méritos como novelista mexicano, que es por excelencia el novelista de la sorpresa.

Las dos cualidades que hemos señalado, su profundidad para adentrarse en la complejidad del ser humano y la tensión constante en que nos mantiene su lectura, están patentes a lo largo de su gran serie de cuatro novelas —que nosotros preferiríamos llamar novela de cuatro grandes partes—: *La bola* (1887), *La gran ciencia* (1887), *El cuarto poder* (1888) y *Moneda falsa* (1888), lo mismo que en esa pequeña obra de arte que Rabasa tituló, caprichosamente al parecer, *La guerra de Tres Años* (1891).

En relación con la serie que inicia *La bola* tenemos, de un lado, al protagonista, Juan Quiñones, uno de los pocos personajes de novela mexicana que se resisten al encasillamiento de la clasificación: ¿bueno, malo, tonto, inteligente, agudo, simple?; todo a la vez: un auténtico ser humano, con sus cualidades predominantes, desde luego —cierta impetuosidad, por ejemplo, muy acorde a su juventud e inexperiencia—; es decir, un personaje con carácter, como deben ser los personajes, pero sin etiqueta —sello inconfundible en la mayoría de los personajes de novela "mexicana"—. Del otro lado, y como derivado de la comple-

jidad de carácter —del protagonista, principalmente, pero también de los otros personajes—, el *suspense*: a Rabasa lo devoramos, más que leerlo; queremos saber a toda costa qué va a suceder en sus novelas, qué va a pasar con la vida de sus personajes.

A tal destreza en el manejo de los caracteres se suma otra cualidad de narrador. En él no decae, ni por un momento, la tensión dramática; no se interrumpe el curso de los acontecimientos; no hay cortes en el hilo de la acción; no hay digresiones; no hay palabras ni diálogos fuera de lugar. El equilibrio, el sentido de proporción y de lo que corresponde a cada personaje, lugar y situación, hacen que la estructura de las obras de Rabasa esté justamente organizada, en forma tal que se corresponden perfectamente entre sí y respecto del todo cada una de las partes de sus novelas. Su estilo es mesurado, pero enérgico y vigoroso a la vez. Tenía Rabasa —observa acertadamente Antonio Acevedo Escobedo— el suficiente sentido de la elegancia para no incurrir, dejándose ganar por lo aspectos deprimentes de la atmósfera que pinta, en la prédica moralizadora; ahí donde lo más fácil hubiera sido sermonear, Rabasa extrema el vigor de la expresión —en las frases de los protagonistas, en los matices descriptivos—, que habla elocuentemente por sí solo.

La intención general de la obra de Rabasa es hacer la crítica social y política del ambiente de su época. En esto se enlaza estrechamente con la tradición mexicana que parte del *Periquillo* de Lizardi y llega hasta nuestros días; tradición literaria de crítica social que ha producido muchas de las mejores novelas mexicanas (las de Rabasa, las de Azuela, las de Martín Luis Guzmán). Pero una característica muy particular distingue a Rabasa de los otros escritores: su finísimo sentido del humor; la elegancia de su ironía. La gracia de ese humor de Rabasa no está precisamente en lo que dice, cuanto en lo que sugiere. Siempre que la ocasión lo necesita, es decir, siempre que alguna escena está próxima a llegar a la tragedia burda o a la desproporción, Rabasa logra volver las cosas a su sitio mediante una leve sonrisa que nos pone nuevamente en el camino del equilibrio.

\* \* \*

Tales son, en fin, a grandes rasgos, las cualidades de Emilio Rabasa como novelista. Enlistado en los catálogos de nombres, fechas y títulos que forman el cuerpo de las historias de la literatura mexicana, sus méritos, tan superiores a los de la mayoría de los autores que junto a él aparecen, no han sido reconocidos en toda su magnitud, y su nombre suena por igual entre los grupos más selectos de novelistas mexicanos que entre una serie de figuras de muy inferior calidad. Justo es ya que le demos el sitio que merece.